





REX CELTIBERORUM



Jesús Martín

# REX CELTIBERORUM



Primera edición: junio 2023

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Jesús Martín

ISBN: 978-84-19899-10-1

ISBN digital: 978-84-19899-11-8

Depósito legal: M-20277-2023

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*A Carmen, Juampa y Javi.*





*«Mejor cosa y más segura es una paz cierta que una victoria esperada: la una está en tus manos, la otra en la de los dioses.»*

TITO LIVIO



PARTE I  
EL PROCESO A LOS ESCIPIONES



## LA CONJURA

*Año 187 a. C.*

Al contemplar la llegada de sus invitados, Marco Porcio Catón esbozó un atisbo de alegría en su impenetrable rostro. Dos de sus más fervientes aliados, Quinto Petilio y Petilio Spurino, caminaban hacia él tras haber accedido a las tierras de cultivo que, por algún motivo que ambos desconocían, el senador había fijado como punto de encuentro. Allí, entre las vides, higueras y olivos de su propiedad, Catón estaba convencido de que la conversación con sus amigos resultaría más grata y, al mismo tiempo, ajena a los ojos vigilantes de cualquiera de sus adversarios políticos.

Los ecos del triunfo celebrado por Lucio Escipión aún se propagaban entre los habitantes de Roma, que habían asistido a una celebración incluso más ostentosa que la de su hermano Publio. Catón había contribuido a la victoria sobre Antíoco con su gran actuación en el paso de las Termópilas, pero la derrota definitiva del monarca, en la batalla de Magnesia, había llegado de la mano del menor de los Escipiones que, imitando la actuación de su hermano al hacerse llamar *Africanus*, se había investido del sobrenombre *Asiaticus*.

Aquel triunfo había sido la gota llamada a desbordar el vaso en el que Catón había ido acumulando toda su ira contra los Escipiones y sus aliados.

—Bienvenidos, amigos míos —Catón saludó a los recién llegados. Los Petilios, a quienes muchos consideraban como las principales marionetas de Catón en sus asuntos más turbios, descubrieron en el rostro de su anfitrión el cansancio acumulado de quien no ha logrado conciliar el sueño en varios días.

—¿Por qué nos has hecho venir hasta aquí? —preguntó Quinto Petilio, que no parecía conforme con el lugar fijado para aquella precipitada reunión.

—No te preocupes —Catón no dio importancia a la seria expresión que reflejaba su amigo—. La relevancia del asunto que debemos tratar requiere de la más absoluta discreción. Ahora que los Escipiones acaban de celebrar un

nuevo triunfo y la popularidad del más pequeño de los hermanos se ha disparado de forma desorbitada, debemos tener más cautela que nunca en nuestros asuntos si queremos que lleguen a buen puerto.

Catón dejó un silencio que intrigó a sus seguidores, haciendo crecer en ellos el deseo de que les fuera revelado aquello que en aquel momento discurría por una mente que, lejos de permanecer ociosa mientras el pueblo de Roma celebraba el triunfo en las tierras de Asia, continuaba trazando planes con los que seguir atacando a sus rivales en el Senado. Los Petilios sonrieron casi a la vez al percatarse de que Catón tenía un nuevo plan para continuar hostigando a los Escipiones y su entorno.

Tras su regreso de las Termópilas, el senador había retomado su lucha con la palabra. Sus batallas dialécticas se habían recrudecido tras la marcha a Asia de los Escipiones y algunos de sus más allegados, una ausencia que le permitiría obtener algunas victorias en el Senado. Marco Porcio Catón había endurecido su discurso con elocuentes ataques a quienes, según decía, se habían enriquecido de forma, cuando menos dudosa, a costa de los éxitos obtenidos en sus campañas. Había logrado que se le negara un triunfo a Minucio Termo tras su victoria frente a los ligures; Fulvio Nobilior también había sido hostigado como consecuencia de la obtención de su botín frente a los etolios. Incluso Manio Acilio Glabrión, con quien había luchado en las Termópilas, sería acusado por haberse apropiado del botín obtenido tras la batalla. En esta ocasión, el trasfondo de la actuación llevada a cabo por Catón era la obtención de la censura, cargo que para ese año se disputaba con Manio Acilio y otros candidatos, como el propio Publio Cornelio Escipión. Catón lograría anular la ventaja con la que supuestamente partía su rival, testificando en el sentido de que no había visto en el desfile triunfal los vasos de oro y plata que había observado entre el tesoro real cuando se tomó el campamento de Antíoco. Manio Acilio, con el fin de convertir a Catón en el candidato más odioso, terminó declarando que retiraba su candidatura en vista de que un competidor, tan nuevo como él, lo acusaba con el fin de disputar el cargo de manera infame.

De este modo, Marco Porcio Catón había sabido aprovecharse de la autoridad conferida tras su brillante campaña en Hispania, actuación caracterizada por una austeridad llevada hasta el extremo.

Los Petilios habían sido testigos y cómplices de estos ataques perpetrados contra aquellos en quienes Catón descargaba su odio a los Escipiones; un odio que tal vez fuera fiel reflejo del temor a que alcanzaran un poder ilimitado en el seno del pueblo de Roma. Al menos, ese era el principal mensaje que los aliados de Catón trataban de propagar.

—No podemos permitir que los Escipiones continúen acumulando fama y poder —sentenció Catón, con voz firme y sin rodeos.

—Pero ¿qué podemos hacer? —inquirió Petilio Spurino—. Gozan del favor del pueblo...

—Y si el pueblo desea convertir a uno de ellos en dictador, ¿crees que debemos concederle el gobierno de la República?

Era evidente que Catón esperaba otra respuesta por parte de sus aliados.

—Para eso estamos nosotros, querido Spurino —el senador relajó sus facciones—. Seguidme.

Marco Porcio Catón caminó por uno de los senderos que dividían sus tierras. Los Petilios lo siguieron, confusos, contemplando como la mirada de su interlocutor se perdía en las hileras de cultivos que dejaban atrás, hasta adentrarse en un terreno dominado por las higueras, cuyos ramajes se entremezclaban dando forma a un frondoso paraje donde, según imaginaron los Petilios, Catón pasaría las horas mientras su mente trazaba los planes que posteriormente les eran revelados. Al pasar junto a una de las higueras, Catón acarició sus hojas.

—Son hermosas, ¿verdad? —miró a sus amigos, paladeando la confusión con que asentían a su pregunta.

—Mirad esa de ahí —señaló uno de los árboles cuyo tronco se inclinaba hacia un lado—. Contemplad sus ramas, algo torcidas. Tal vez a vosotros, que no estáis acostumbrados a cuidar de todas ellas, la belleza de sus hojas os embriague de tal modo que no veáis como sus ramas amenazan con dañar al árbol que crece a su lado. Pero ¿acaso no he de podar esas ramas o tratar de enderezar su tronco para evitar que termine dañando al árbol que, junto a ella, crece de forma recta, erguida? Pues de igual modo, el pueblo de Roma se deja embelesar por los triunfos de los Escipiones, sus victorias y sus logros, y no se da cuenta de cómo, a medida que se incrementa su fama, también aumenta la amenaza que se cierne sobre la República. Y no me refiero únicamente al poder obtenido tras una nueva victoria, sino a la influencia que ejercen sobre el pueblo; las influencias que nos traen de tierras lejanas, y que amenazan nuestras costumbres. Su forma de vida, su derroche de ostentación y la necesidad de riquezas que parecen mostrar ante el pueblo no es sino el comienzo de una decadencia que caerá sobre nosotros el día que secuestren el gobierno de la República.

Catón calló por un instante para tomar aire y continuar su comparación.

—Observad nuevamente el árbol. Vosotros lo veis con los ojos de quien contempla la belleza escondida en la naturaleza. En cambio, soy yo quien debe velar por la adecuada armonía entre mis plantas, evitando que se dañen entre ellas. Del mismo modo, ¿acaso no debe el Senado garantizar el adecuado go-

bierno de Roma y sus ciudadanos, evitando que el mal uso del poder por parte de unos pocos termine por dañar a todos los demás? Y si existe tal amenaza, ¿acaso no debe actuarse de forma inmediata como debería hacer yo con este árbol antes de que ya sea imposible enderezarlo? Pues si solamente observamos y nos quedamos esperando a que lo haga por sí solo, llegará un momento en el que la única solución será cortar su tronco, acabar con él.

Los Petilios se miraron, creyendo ver un oscuro presagio en las palabras de su anfitrión.

—Como comprenderéis —Catón sonrió de forma leve—, no es mi intención matar a ninguno de los Escipiones. Pero tenemos que acabar con su fama, arrancar del pueblo su fervor por esa familia.

—¿Cómo podremos hacerlo? —preguntó Petilio Spurino.

—Debemos transformar su principal ambición en su mayor delito a los ojos del pueblo y del Senado. Y para ello, debemos fijarnos bien en sus actos. Las consecuencias de sus logros serán también las causas de su condena.

Catón se percató de que sus aliados no comprendían lo que quería decirles. Estaban demasiado acostumbrados a escuchar órdenes directas, claras y sencillas. El senador comprendió que se había dejado llevar por su metáfora de la higuera.

—Las consecuencias de la victoria de Lucio Escipión han sido, por un lado, la obtención de generosas riquezas y esas mismas riquezas serán el motivo de su condena.

—Pero eso mismo hemos hecho con algunos de sus aliados...

—Sí, y en todas las ocasiones hemos sacado provecho de las acusaciones hechas contra ellos. Hemos ido desgastando la influencia que los Escipiones mantienen en el Senado. Hemos logrado desprestigiar a algunos de sus aliados y ahora, mis queridos amigos, nos centraremos directamente en ellos.

—El pueblo de Roma no se volverá contra Escipión —Quinto Petilio habló en un tono derrotista que no gustó a Catón.

—¿Acaso no se volvió Cartago contra Aníbal? Pues al igual que el general cartaginés tuvo que exiliarse tras su humillante derrota, nosotros también lograremos arrastrar a esos Escipiones fuera del Senado; del Senado, y quizá de Roma. Y para ello debemos actuar lo antes posible. Debéis promover, entre nuestros amigos, las acusaciones que desemboquen en actuaciones judiciales, no ya contra el entorno de los Escipiones como he venido haciendo yo hasta ahora, sino contra los propios Publio y Lucio. El trato de favor dado a Antíoco tras su derrota, las cuantiosas riquezas obtenidas en las tierras de Asia y la liberación del hijo del *Africano* en circunstancias cuando menos sospechosas. Son



muchos los motivos por los que podemos actuar contra ellos. Si permitimos que uno de esos Escipiones esté por encima de la ley, ¿no estaremos haciendo temblar los cimientos de nuestra República? ¿Volveremos a los tiempos en que los designios de Roma quedaban en manos de un solo hombre? Nada contribuye más a mantener la libertad de todos que el poder de someter a justo juicio al más poderoso de los ciudadanos. ¿Qué potestad, por no mencionar una como esta, la del mando supremo de la República, podría ser confiada a un hombre si después no hubiera de dar cuenta de sus acciones? Así pues, si un hombre no se somete a las leyes, que han de ser iguales para todos, no es ilegítimo usar la fuerza contra él.

Los Petilios escuchaban atentamente los argumentos con los que Catón justificaba las acciones que habrían de emprender contra los Escipiones.

—¿Y Graco? —preguntó Quinto Petilio—, ¿sabe algo de todo esto?

Marco Porcio Catón frunció el ceño.

—Desde que el joven Graco fue enviado a la guerra de Asia con los Escipiones, creo que nos hemos ido distanciando, no solo en el trato, sino quizá también en las ideas. Su juventud tal vez no le permite ver con claridad los peligros a los que estamos expuestos si nos quedamos quietos frente al creciente poder de nuestros rivales. Estoy convencido de que mi actuación frente a Manio Acilio no le entusiasmó precisamente. No, amigos míos. Nuestro querido Graco aún no está preparado para formar parte de nuestro círculo más íntimo. Debéis ser vosotros los encargados de sembrar la semilla de la duda, del recelo y de la desconfianza en los Escipiones. Y ahora que las multitudes se entusiasman con las celebraciones de sus triunfos, es el mejor momento para que los rumores terminen transformándose en hechos. Convertiremos el fervor con el que ahora el pueblo los adora en una desbordada pasión por ver cumplida la ley que impide a un solo hombre estar por encima de la República. Removed las aguas del Senado hasta que la tempestad alcance a nuestros enemigos.

Los confidentes de Catón asintieron, confiados en las palabras con las que, una vez más, el senador lograba embaucarlos para dar un mayor impulso a su eterna enemistad con los Escipiones.

Habían recorrido el camino de vuelta, dejando atrás las plantas y cultivos a los que Catón dedicaba un mayor tiempo, una vez dejada atrás su vida militar. Compaginaba sus trabajos agrícolas con la escritura y, sobre todo, con la elaboración de las estrategias con las que hacer frente a sus rivales políticos. Quinto Petilio se imaginó al senador ensayando sus discursos mientras cultivaba sus tierras, desplegando su oratoria frente a las vides o haciendo partícipe de sus confidencias a alguno de sus árboles.

Para sorpresa de los Petilios, Catón tomó un hacha que se encontraba cerca de la entrada a sus cultivos, apoyada sobre el tronco de una encina.

—Y ahora, si me disculpáis, debo continuar con el cuidado de mis tierras —sonrió por un momento—. Debo ocuparme de esa higuera que pone en peligro a las demás.

## EL JUICIO A PUBLIO CORNELIO

Tras la muerte de Tito Quinto Lépido en la batalla de las Termópilas, su hermano Cayo se había hecho cargo de la mujer y el hijo del centurión. Gaia había aceptado la proposición de su cuñado, que les había ofrecido irse a vivir con él en la villa que un día había sido del padre de los Quinto Lépido. Allí, a las afueras de Roma, encontrarían una mayor tranquilidad que la que podía ofrecerles una *domus* que para Gaia se había convertido en un almacén de dolorosos recuerdos. Junto a ella, su hijo y esclavos, el que fuera uno de los mejores amigos de Tito también había aceptado aquel generoso ofrecimiento. Arturo ayudaba en las labores de la villa, compaginando el cultivo de las tierras y el trabajo en la bodega con el tiempo que dedicaba al pequeño Lucio. El hijo de Tito Quinto Lépido apenas tenía tres años, pero ya entonces mostraba el carácter que había heredado de su padre.

Cayo Quinto Lépido pasaba poco tiempo en la villa. Sus obligaciones como senador y la exigente demanda de tiempo de algunos asuntos que no se discernían en la Curia le mantenían excesivamente ocupado. Su discreción en los debates del Foro y en las posteriores decisiones tomadas entre los senadores le permitían pasar desapercibido y aprender a escuchar, algo que muchos de sus arrogantes compañeros parecían olvidar cuando se ponían la toga que les distinguía como miembros del Senado.

Por aquellos días, el ambiente estaba especialmente enrarecido en las calles. Marco Porcio Catón, a través de sus lacayos y cuantos le admiraban y seguían a todas partes, había sembrado la semilla de la desconfianza, el temor y un cierto odio hacia los Escipiones. El ataque inicial a los magistrados más afines a Publio y Lucio no había logrado su principal objetivo, pero ahora el pueblo parecía más dividido que nunca.

Cayo Quinto Lépido siempre se había mostrado más cercano a los Escipiones, si bien era cierto que estaba de acuerdo con ciertos ideales propugnados por Catón en su defensa de los valores de la República. Sin embargo, tras los ataques perpetrados por el más fiero enemigo del Africano y su familia, eran

muchos los que habían tornado sus sentimientos de admiración por el hostigador de aquellos que, como Manio Acilio, habían engrandecido la gloria de Roma con su victoria frente a los ejércitos de Antíoco. Tras su regreso de Hispania, Catón había sido más odiado por unos, más adorado por otros y más temido por todos. Cayo Quinto Lépidio había sido testigo del poder de movilización que generaban unos discursos tan elocuentes como peligrosos. El hermano de Tito Quinto tenía su asiento entre otros senadores que, al menos hasta el momento, habían mostrado una posición más neutral, lejos de tomar partido en los enfrentamientos entre los seguidores de Catón y los de los Escipiones. En los últimos días, las sesiones del Senado se habían caracterizado por una creciente hostilidad que los hombres más moderados no lograban comprender. Tras la derrota de Antíoco en la batalla de Magnesia y el posterior tratado de paz de Apamea, los ánimos de la República distaban mucho de haber sido apaciguados.

En su camino de vuelta a la villa, Cayo Quinto Lépidio no podía dejar de pensar en lo sucedido en un día que marcaría el destino de la lucha entre Catón y los Escipiones.

—Quieren condenar al Africano —fueron sus primeras palabras nada más encontrarse con Arturo en el atrio en el que confluían las estancias principales.

—¿A Publio? —Arturo no lograba entenderlo, y eso que Cayo Quinto ya le había hablado en varias ocasiones acerca de las crecientes hostilidades en el seno de la Curia.

—A Publio, y seguramente también a su hermano y a todos aquellos que les apoyan. Catón ha encontrado un resquicio para acusarle y son muchos los que le apoyan.

Las palabras de Cayo reflejaban la tristeza que lo corroía por dentro; tristeza y abatimiento, por encima de la indignación que había sentido al escuchar las acusaciones a quien un día el pueblo no hubiera dudado en nombrar gobernante único de Roma. Ese era, tal vez, el mayor temor propagado entre sus delatores.

Cuando Cayo entró en el *triclinium*, se encontró allí a Gaia y al pequeño Lucio, que perdía sus ojos en el menguante racimo del que iba desprendiendo las uvas con las que formaba varias filas hasta completar una figura rectangular, como si de legionarios se tratara. Nada más ver a su tío, el niño se olvidó de su pequeño ejército de frutas y corrió a abrazarlo.

Cayo Quinto levantó a Lucio del suelo y lo sostuvo entre sus brazos mientras besaba sus enmarañados cabellos. Un abrazo de su sobrino fue suficiente como para apaciguar su exaltado ánimo y entablar conversación en un tono más tranquilo.

—Es tarde —Gaia parecía preocupada—. ¿Qué ha ocurrido?

—Parece que Catón y sus amigos han logrado formalizar su acusación contra el Africano.

—Pero Roma le debe demasiado a Publio Cornelio Escipión. ¿Acaso no ha logrado grandes victorias e incontables riquezas para la República?

Gaia estaba al tanto de algunos de los asuntos que se dirimían en el Senado. Siempre había escuchado con interés las palabras con las que Cayo le hacía partícipe de sus ideas y preocupaciones ante las decisiones que determinaban el devenir del gobierno de la República. Su cuñado descargaba en ella algunas de las incertidumbres que necesitaba exteriorizar tras la reacción del Senado ante los acontecimientos que tenían lugar, ya fuera en Roma o en los continuos enfrentamientos que se llevaban a cabo en lugares como Siria o Hispania.

—¿De qué se acusa a Escipión? —inquirió Arturo.

—Hay quienes dicen que se enriqueció de manera injusta en la campaña de Asia.

—Pero han sido muchos los que se han enriquecido en las campañas que han llevado a cabo en tierras lejanas, ¿no es cierto?

Cayo asintió a las palabras de Arturo, que continuó hablando.

—En muchas ocasiones nos has hablado de las riquezas obtenidas por los pretores enviados a Hispania, del reparto que han hecho de algunas de esas riquezas entre ellos mismos y sus legionarios, el asalto de campamentos y los botines obtenidos por parte de los soldados...

—Es cierto —respondió el senador—. Y en el caso de Hispania, parece que la obtención de riquezas ha sido el único motivo por el que conquistar unas tierras que continúan desangrando nuestros ejércitos. La obtención de riquezas, por encima de asegurar un gobierno de las provincias que permita mantener la paz, es lo que está contribuyendo a que los pueblos continúen alzándose una y otra vez, sometidos por una carga de impuestos que en ocasiones ni siquiera pueden afrontar. Pero lo de Publio Cornelio Escipión es distinto... Muchos temen el poder que ha alcanzado y, seguros de que la imputación de enriquecimiento injusto no será suficiente, han lanzado otra clase de acusaciones.

—¿Qué acusaciones? —Gaia tomó una de las uvas que el pequeño Lucio había empleado para formar un rectángulo que poco a poco iba menguando a medida que el niño comía, ajeno a la conversación de sus familiares.

Cayo Quinto rememoró lo acontecido durante el día. El brillo de sus ojos delataba la mezcla de pasiones y emociones desbordadas que se habían vivido en el Foro.

—Tenáis que haber estado allí para verlo con vuestros propios ojos, pues todo lo que yo os pueda decir es como tratar de describir la inmensidad del

océano mostrando una gota de agua. Creo que nunca nadie antes, ni tan siquiera el propio Africano en su etapa de cónsul o censor, ha estado acompañado por mayor afluencia de gentes de todo orden y condición. Para muchos ha resultado imposible verlo entre cuantos lo rodeaban o escuchar el brillante discurso con el que ha comparecido ante los tribunos que lo acusaban.

Las palabras de Cayo Quinto dieron vida a un relato pronunciado con el tono apasionante de quien narra las hazañas de los héroes o habla de las proezas de los dioses.

Tal y como afirmaba el senador, el Foro estaba desbordado por la multitud que aguardaba expectante el desarrollo de los acontecimientos. Tras escuchar las acusaciones que pesaban contra él, Publio Cornelio Escipión tomó la palabra para defenderse. En su discurso, el Africano no aludió a ninguna de aquellas acusaciones, sino que habló de los servicios que había prestado a Roma, en un tono tan excelso que a muchos les quedó claro que jamás nadie había recibido elogios más elevados ni más merecidos. Describió sus hazañas con el mismo espíritu y temperamento que las había ejecutado, de modo que todos los presentes le escucharon sin impaciencia alguna, pues en ningún momento el Africano refería sus actos por vanagloria, sino para defenderse de las acusaciones vertidas contra él.

A pesar de que las palabras del Africano calaron profundamente en aquellos que aún recordaban cuanto había hecho por la República, sus detractores también parecían tener claros los testimonios con los que sustentar sus acusaciones. Con el fin de apoyar las mismas, los tribunos sacaron a relucir antiguas historias sobre su vida licenciosa en los cuarteles de invierno, en Siracusa.

Otro de sus acusadores trajo al recuerdo la responsabilidad que, en la lucha contra Cartago, debía recaer sobre el Africano en el episodio acontecido en la ciudad de Locri con el propretor Plemnio, que había permitido el saqueo de aquella ciudad tras su conquista, una acción por la que se responsabilizó a Publio Cornelio, acusándole de no haber sido capaz de mantener el orden en su ejército.

Tras rememorar estas incriminaciones del pasado, los tribunos añadieron la de haber recibido sobornos, acusación basada más en sospechas que en hechos demostrables. Alegaron que a su hijo, que había sido hecho prisionero durante la campaña en Siria, se le había liberado sin rescate alguno; que en todo momento Antíoco había tratado de alcanzar la paz negociando directamente con él, como si en Escipión, y no en el Senado de Roma, residiera el poder de ofrecer la paz o la guerra. Otros le acusaron de haber tratado de dejar claro a Grecia y a todos los reyes y pueblos de Oriente que solo él era la cabeza y el pilar de la República, como si bajo su sombra descansara protegida la ciudad dueña del mundo y que un gesto suyo valía más que todos los decretos del Senado y las órdenes del pueblo.

No pudiendo demostrarse tales acusaciones, todos estos reproches no hicieron más que prolongar el proceso hasta la caída de la noche, por lo que hubo de suspenderse y postergarse para otro día.

—Entonces, ¿ninguna de las acusaciones ha salido adelante? —inquirió Gaia, con la mirada puesta en el pequeño Lucio. Para cuando Cayo terminó su relato, el ejército de uvas ya había desaparecido y el niño se encontraba luchando contra el sueño, que trataba de cerrar sus ojos.

—Catón y los suyos no han encontrado el modo de justificar sus acusaciones. Sin embargo, han logrado que el Africano haya tenido que acudir al Foro para defenderse. Para muchos resultaba impensable que Escipión se rebajara a tal presencia ante el pueblo.

—¿Estaba también Graco?

La pregunta de Gaia tornó la expresión del senador. Cayo Quinto siempre había tenido una gran amistad con el padre de Tiberio Sempronio Graco, que, a diferencia de su hijo, había abandonado pronto la carrera política, el *cursus honorum* que seguían aquellos que en su culmen alcanzaban el cargo de cónsul o censor. Tiberio Sempronio Graco no contaría con la ventaja de tener, en su padre, un verdadero ejemplo en quien verse reflejado en la trayectoria que había iniciado. Cayo Quinto se había ofrecido a ayudarlo, pues veía en él ciertos valores que parecían ausentes en otros jóvenes. Sin embargo, Tiberio había mostrado una gran afinidad por los discursos de Catón y, de hecho, había sido contado entre sus discípulos. Aunque todo eso había sido antes de su partida a la guerra de Magnesia. Cayo Quinto imaginó que la campaña en Siria, comandada por Lucio Escipión, cambiaría la vida del joven Graco, si es que regresaba con vida.

Afortunadamente, Graco había regresado después de desarrollar una destacada actuación en la batalla, en una exitosa campaña contra Antíoco tras la que sería nombrado tribuno. Era uno de los que había estado en el Foro el día anterior.

—Graco se encontraba allí, pero no ha dicho una sola palabra contra los Escipiones.

—Como se esperaba de alguien como él, ¿no crees? Tú siempre has hablado de las virtudes de ese muchacho, de su capacidad para ver en las personas lo que otros no son capaces de encontrar.

—Así es. Y creo que, tras su regreso de la campaña de Asia, se ha ido distanciando de los Petilios y otros fervientes seguidores de Catón. Tal vez solo sea una percepción mía...

—Espero que tengas razón y que Graco haya decidido labrar su futuro lejos de la influencia de ese hombre. Es lo mejor que puede hacer.

Gaia odiaba a Catón. Cada vez que hablaba o escuchaba algo sobre él, su

rostro se tornaba en una severa expresión que nada tenía que ver con la serenidad que la caracterizaba, ya fuera en sus relaciones con la familia o el trato con los esclavos que atendían la villa.

—De todos modos, creo que deberías hablar con él —añadió tras unos segundos en los que se había hecho el silencio.

—Tienes razón —Cayo se convenció al instante—. Como tribuno de la plebe, Graco tiene un papel importante que, quiera o no, habrá de desempeñar en el proceso contra el Africano. Espero que los dioses le ayuden a discernir...

—No esperes a que sean los dioses —interrumpió Arturo—. Ayúdale tú a discernir el modo en que ha de actuar. Siempre te ha respetado y, aunque solo sea por tu amistad con su padre, te escuchará.

—Espero que me haga el mismo caso que te hace a ti mi sobrino —Cayo dejó escapar una sonrisa mientras observaba al pequeño Lucio que, en brazos de una esclava, era llevado al dormitorio. El niño había cedido finalmente al cansancio y se encontraba inmerso en la paz del sueño.

—Le gustan mis relatos acerca de los dioses y por eso me hace caso. Si no obedece, no hay historia.

—Dudo mucho que Graco quiera que le cuente una de mis historias —respondió Cayo, esbozando una sonrisa—, así que tendré que buscar otra estrategia para que me escuche.

—Tu ejemplo le bastará. Tu experiencia en la Curia, tu facilidad para tratar tanto con el más erudito de los magistrados como con el más tosco y testarudo. Tu capacidad de diálogo es una cualidad cada vez más escasa en el Senado.

Cayo agradeció las palabras de Gaia, aunque si había algo por lo que sentía admiración hacia el joven Graco era, precisamente, por la moderación que mostraba en sus relaciones con otros. De los seguidores de Catón, Graco le había parecido el único capaz de extraer únicamente lo bueno que podía percibirse en sus intervenciones en el Senado, el secreto de una oratoria capaz de destruir a la mayor parte de sus adversarios.

Mientras se retiraba a su dormitorio, Cayo se preguntó si esa misma oratoria sería tan poderosa como para destruir al Africano. Se preguntó si el mismo Marco Porcio Catón acudiría a la siguiente jornada del proceso para lanzar sus envenenadas palabras contra los Escipiones y qué decisión tomaría el Senado. A punto de dejarse vencer por el sueño, Cayo Quinto decidió que al día siguiente debería salir al encuentro de Graco antes de que este tuviera que intervenir en el incierto proceso con el que Catón pretendía derrotar definitivamente a sus principales rivales.



## EL JOVEN GRACO

El proceso contra Publio Cornelio Escipión tendría su continuación al día siguiente. Cayo Quinto Lépido estaba convencido de que, en aquel preciso momento, Catón se encontraría en su villa, tal vez reunido con algunos de sus senadores de confianza, con quienes tratar el asunto. Los Petilios habían abandonado la Curia de forma precipitada, a diferencia de otras ocasiones en las que, o prolongaban su estancia por los alrededores del Senado, o se dirigían al Foro en compañía de otros seguidores de Catón para comentar los asuntos tratados momentos antes.

El Foro ya empezaba a poblarse de gentes que iban de un lado a otro. Artesanos y comerciantes iniciaban sus tareas, buscando entre los transeúntes potenciales clientes que les prestaran su tiempo y gastaran su dinero. De igual modo, las prostitutas más ávidas trataban de engatusar con sus miradas y gestos a quienes ya desde la primera hora de la mañana pudieran estar interesados en obtener sus caricias y placeres. Desde las inmediaciones de la cámara senatorial, Cayo Quinto Lépido contemplaba la actividad que tenía lugar a su alrededor, allí donde la Vía Sacra se bifurcaba frente al *Comitium*, el lugar donde habría de regresar Publio Cornelio Escipión ante la inminente continuación de un proceso con el que Cayo no estaba conforme. En la sesión anterior había quedado patente cierta división entre los ciudadanos, aunque la mayoría de ellos continuaba viendo en el Africano al vencedor de Cartago, el héroe que había derrotado a Aníbal, librando a Roma de aquel general que un día hiciera temblar los cimientos de la República. No obstante, la semilla de Catón y sus seguidores estaba dando sus frutos entre aquellos cuyo temor era que el poder de los Escipiones superara al del propio Senado.

La pregunta que se hacía Cayo Quinto Lépido era si el joven Graco también creía en aquellas causas por las que el Africano era juzgado. Y para averiguarlo, se encontraba en el lugar donde que esperaba encontrar al tribuno. Lo localizó antes de lo que había previsto. Tiberio caminaba en compañía de varios senadores a quienes prestaba la atención que requerían sus palabras. Cayo imaginó

que el asunto del que conversaban sería el que estaba en boca de todo el pueblo. Eran días convulsos en los que sin duda el joven Graco se encontraría demasiado ocupado atendiendo a las palabras y consejos de quienes se encontraban a favor o en contra de la condena al Africano.

Mientras le veía acercarse, Cayo pensó, una vez más, las palabras con las que trataría de robar al tribuno unos minutos de su tiempo. Tal vez aquel no fuera el lugar más indicado para arrancar de Graco sus más profundos sentimientos hacia Escipión. La rivalidad entre las familias Sempronio y Cornelia era conocida por todos, así como el mayor acercamiento de Graco al entorno de Marco Porcio Catón. Sin embargo, Cayo conocía bien a la familia Sempronio. Tiberio Graco no era un joven que se dejara arrastrar fácilmente a uno u otro extremo, sino que sus convicciones eran firmes.

Llegado el momento de iniciar la conversación, Cayo no se mostró seguro de las palabras que estaba a punto de decir.

—Cayo, me alegro de verte.

El senador se quedó sorprendido al comprobar como era el propio Graco quien tomaba la iniciativa para separarse de sus acompañantes y dirigirse a él. Una vez que estuvo más cerca, le confesó el motivo por el que había abandonado a sus acompañantes de un modo tan precipitado.

—Perdona que te haya utilizado para poder escapar de esos senadores, pero su conversación comenzaba a parecerme un tanto molesta.

Cayo sonrió al escuchar aquellas palabras.

—Me imagino que te resultará difícil llevar una vida tranquila durante estos días, con todo lo que está ocurriendo.

Antes de responder, Graco miró a uno y otro lado. No le resultaba cómodo hablar allí, tan cerca del *Comitium*, en el mismo centro de la vida política donde el único tema de conversación parecía ser el proceso contra el Africano.

—Me gustaría hablar contigo, Cayo. Pero no aquí. Si te parece bien, podemos ir a algún lugar menos concurrido.

Cayo Quinto asintió, conforme, tratando de disimular la inmensa alegría con la que acogía aquellas palabras. Había imaginado que resultaría difícil poder encontrarse con el joven tribuno, tener un tiempo para hablar con él. Lo que no había previsto era que el propio Tiberio fuera quien saliera a su encuentro.

Dejaron atrás el *Comitium* y el Foro en dirección a calles más tranquilas. Cuando Tiberio creyó que estaban a salvo de las miradas y oídos de los demás senadores, desvió la conversación hacia el motivo por el cual se había dirigido a Cayo Quinto.

—Mi padre siempre te ha visto como uno de los senadores más prudentes y honrados.

Ante semejante halago, Cayo Quinto esbozó una sonrisa mientras perdía su mirada en los negros ojos del joven cuya expresión era la de quien se muestra necesitado de consejo.

—Tu padre siempre me ha mirado con buenos ojos y sus palabras siempre me han parecido repletas de sabiduría. Habría sido un magnífico senador.

—Por desgracia, abandonó el camino de la política demasiado pronto. Sus consejos me habrían sido de gran ayuda.

—Cierto, tu padre no ha desarrollado una trayectoria política a través de la cual pudiera ayudarte. Pero eso, lejos de entristecerte, debe ayudarte a convencerte a ti mismo de que estás dando los pasos adecuados, porque todo lo que has alcanzado, y lo que sin duda lograrás en los próximos años, no se debe a tu apellido. Tú mismo estás forjando tu futuro, Tiberio, y estoy convencido de que progresarás de un modo adecuado en tu carrera política.

—¿Tú crees? —el joven Graco no parecía tenerlo tan claro—. Siempre me he mostrado convencido de mis ideas, pero temo que, en algún momento, llegue a ser víctima de mis convicciones.

Cayo Quinto frunció el ceño al escuchar aquellas palabras. Siempre había visto en Graco a un joven de voluntad firme. Por primera vez observaba en su rostro la sombra de la duda y la incertidumbre.

—Tus convicciones te están haciendo llegar lejos. Nadie duda del importante papel que desempeñaste en la campaña de Lucio Cornelio Escipión, la peligrosa misión que llevaste a cabo cuando tuviste que solicitar al rey Filipo el paso de nuestros ejércitos por el reino de Macedonia. Has demostrado tu valía en la batalla, te has mostrado siempre firme. Y ahora, como tribuno, continúas teniendo una gran responsabilidad para con la República.

Graco escuchaba con atención. Al igual que Cayo Quinto, muchos otros pensarían que había demostrado un valor y coraje sin límites en la campaña de los Escipiones en las tierras de Asia. Había sido una prueba de madurez que le ayudaría a forjarse un futuro en el incierto mundo del gobierno de la República. Aún tenía un camino largo por recorrer.

—Sé que se ha valorado lo que hice en la guerra contra Antíoco y que, con la ayuda de los dioses, aún me quedan muchas batallas que librar. Pero no son las batallas de espada las que me quitan el sueño.

Cayo comprendió a qué se refería. El senador tenía sobrada experiencia en los peligros que en ocasiones se cernían sobre los miembros más destacados del gobierno de la República. Sus encanecidos cabellos y la expresión ruda de su rostro se habían labrado no solo en las guerras de las que había formado parte con las legiones de Roma. Las batallas políticas le habían desgastado más

a pesar de que él nunca había llegado a ser la cabeza visible de una de las facciones del Senado.

—Te comprendo perfectamente. Siempre me ha resultado más sencillo situarme al frente del ejército que en las primeras bancadas del Senado. Pero todo cuanto he hecho ha sido siempre por el bien de la República o, al menos, lo que yo creía más justo para Roma. Tal vez sea esa la primera cuestión que debemos plantearnos a la hora de tomar una decisión. Y si no me equivoco, creo que eso mismo es lo que tú has hecho siempre, al menos hasta el momento.

—Hasta el momento, sí —respondió Tiberio, con la certeza de que así había sido—. Sin embargo, tal vez lo que yo considero bueno para Roma no sea compartido por otros.

—Siempre encontrarás a otros que no estén conformes con tus decisiones.

—Muchos han criticado mi acercamiento a Marco Porcio Catón, a sus ideas y a sus amigos. Incluso creo que él mismo pensó en algún momento que yo podría convertirme en uno de los más fervientes seguidores de sus doctrinas.

—Afortunadamente, no ha sido así, ¿verdad?

—Sabes que no.

—Y a pesar de lo que otros digan, no podemos negar que Marco Porcio Catón, al margen de su testarudez y obstinación y de sus irreconciliables rivalidades, también lleva su parte de razón, ¿no es cierto? Pues, de lo contrario, no creo que te hubieras acercado a su pensamiento.

—La defensa que hacía de los intereses de la República me resultaba fascinante, pero cuando traté de conocerle mejor, me di cuenta de que en su interior hay demasiado odio.

—Y eso es algo que descubriste por ti mismo, de igual modo que tú mismo tomaste la iniciativa de dejarte atraer por su discurso. Reconozco que en muchas ocasiones he disfrutado escuchando el discurso de Catón, su férrea defensa de la República. Si algo he aprendido de él es que, para bien o para mal, nuestros actos deben ser consecuentes con nuestros pensamientos y palabras. Otra cosa es que estos pensamientos nos parezcan más o menos acertados.

Graco asintió. Dejó pasar unos segundos en los que meditó las siguientes palabras, no muy convencido de terminar revelando a Cayo uno de sus secretos mejor guardados.

—Muchos me han acusado de ser una de las marionetas de Catón. Lo cierto es que únicamente me quedé con una parte de sus ideas. Y ahora que he adoptado una posición más neutral, hay quienes aseguran que, tras haber acompañado a los Escipiones en la batalla, me he dejado llevar por sus ideales. Frente a unos y otros, lo único que puedo hacer es seguir mi propio camino sin importar lo que nadie piense.

—Así es, Tiberio. Debes seguir tu propio camino, decidiendo por ti mismo lo que te parece más conveniente.

—Me encuentro en una encrucijada de la que no sé cómo voy a salir —el joven Graco esbozó una irónica sonrisa.

—Saldrás airoso. Lo único que debes hacer es, como hasta ahora, decidir aquello que consideres mejor, no para ti ni para ninguna otra persona. Debes buscar lo mejor para Roma.

—Gracias, Cayo. Gracias por tus consejos.

—Sabes que siempre has podido contar con mi confianza, aunque en los últimos años nuestros caminos hayan estado más distantes que cuando eras un crío y te veía más a menudo. Pero no te he perdido de vista durante este tiempo y sé que el consejo que te doy no es más que la confirmación del camino que has venido siguiendo hasta ahora. Yo solo te animo a seguir por ese camino, ya que, como habrás podido comprobar, cada vez son menos los que logran encontrar, fuera de sí mismos, lo que es mejor a los intereses de la República.

—Me quedo más tranquilo, pues durante estos días convulsos no he dejado de escuchar discursos interesados y palabras egoístas. Me alegro de haber podido encontrarte. En mis próximas plegarias a los dioses les daré gracias por haberte puesto hoy en mi camino. Ahora, si me disculpas, tengo algunos asuntos que atender.

—Pues claro, querido Tiberio. Yo también me alegro de haberme encontrado contigo. Cuídate, y que durante estos días puedas escuchar más a los dioses y menos a quienes pretenden corromper tu noble espíritu.

Cuando los caminos de ambos se separaron, Cayo sintió un alivio que le devolvió la paz perdida durante el día anterior. La conversación con Tiberio le había resultado tan gratificante como esperanzadora. Sin haber abordado a fondo el papel que habría de desempeñar el tribuno en el proceso contra el Africano, el excelso tono de las palabras de Graco le había permitido darse cuenta no solo de que él no había tenido nada que ver con la conjura de Catón, sino de que adoptaría la postura más adecuada llegado el momento.

Cayo Quinto Lépido regresó a su villa con la certeza de que aún quedaban esperanzas para la República, siempre que hombres como Tiberio Sempronio Graco formaran parte de su gobierno.

